

Juan José PEREZ RANCEL

RESUMEN

Este texto, producto inicial de un largo proceso de recolección de datos en la ciudad de Caracas y en su Archivo Municipal de Obras Públicas, concentra los principales aspectos para un análisis de la vivienda como tema de la historiografía de la arquitectura moderna y como sujeto de la historia de la propia ciudad. Luego de una reseña bibliográfica sumaria, se mencionan algunos aspectos generales que un estudio a fondo de la vivienda debiera considerar y seguidamente se plantean los elementos propiamente arquitectónicos vistos a través de la tipología de la vivienda. La sucesión de tipos de vivienda y sus variaciones dentro de la geografía caraqueña durante los primeros cincuenta años del siglo, es aquí objeto del análisis histórico, utilizando la base de la exhaustiva documentación obtenida de fuentes directas junto a los estudiantes de los cursos de Historia de la Arquitectura III de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Central de Venezuela. Analizando el rol de la tradición constructiva empírica junto al de los ingenieros constructores, hasta hoy sin mención en la casi totalidad de la bibliografía conocida, se delinea la continuidad y simultaneidad de los procesos arquitectónicos de la vivienda caraqueña de este siglo.

APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA VIVIENDA EN LA CIUDAD DE CARACAS EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

ARTICULOS

INTRODUCCION

Puede afirmarse que no existe un estudio integral que permita conocer el proceso de transformaciones tipológicas que la vivienda experimentó en la ciudad de Caracas durante la primera mitad de nuestro siglo.

La primera mención bibliográfica del tema se remonta a 1961, cuando el historiador E. Arcila Farías anota algunas informaciones sobre las técnicas de construcción de las casas, en su obra *Historia de la Ingeniería en Venezuela*, basándose en los escritos de los ingenieros venezolanos, publicados en la Revista Técnica del MOP y en la Revista del Colegio de Ingenieros de Venezuela a partir de 1911.

Con ocasión del Cuatricentenario de la fundación de la ciudad, en 1967, se publican algunos textos importantes para el tema, entre los cuales se destaca el del antropólogo Miguel Acosta Saignes, "La vivienda de los pobres", dentro de la obra integral *Estudio de Caracas*, en el cual nos ha quedado un minucioso retrato de las viviendas de los caraqueños pobres, en especial de los del siglo XX antes de la segunda guerra mundial. La segunda obra importante sobre el tema, publicada dentro del

contexto de las conmemoraciones del Cuatricentenario, en 1969, es *Caracas a través de su arquitectura*, en cuya segunda parte Juan Pedro Posani delinea los problemas fundamentales de la arquitectura del novecientos caraqueño, aportando además los primeros datos para las investigaciones futuras. No obstante algunas ausencias hoy evidentes, Posani asienta allí buena parte de los elementos para conocer el proceso de la vivienda caraqueña y su arquitectura, tanto privada como pública, desde la primera expansión de Caracas hacia el sur, hasta los fenómenos de ocupación marginal del suelo urbano.

Por esos mismos años, en 1968, el Banco Obrero cumple 40 de su fundación, ocasión que le permite ordenar cronológicamente, en un folleto de carácter publicitario, algunos datos e imágenes de los conjuntos de viviendas construidos a través de ese organismo para los sectores sociales de bajos y de medios ingresos. En mayo de 1969 se imprime el libro en que Edgar Pardo Stolk vuelca sus reflexiones y recuerdos como protagonista del urbanismo de Caracas: *Las casas de los caraqueños*, la única publicación hasta ahora especialmente dedicada a las viviendas caraqueñas de todos los estratos sociales. Ella, a pesar de sus carencias metodológicas, constituye un inestimable testimonio declarativo y gráfico de la urbanización y de la vivienda como tipo, desde la Colonia hasta el período de auge de la marginalidad urbana.

96 Obras de carácter general, como la de Armas Chitty, *Caracas, origen y desarrollo de una ciudad*, 1967, completan la producción de los años sesenta sobre la temática del urbanismo y la vivienda caraqueña, junto a *La vivienda en el área metropolitana de Caracas*, de C. Acedo Mendoza, 1969, obra referida a un período posterior al que nos ocupa. Durante la década de los 70, los estudios sobre la vivienda caraqueña reafirman la tendencia proveniente de los años sesenta, de conocer el período colonial y el contemporáneo, aquél desde el punto de vista histórico y el segundo especialmente desde el punto de vista crítico. Estas iniciativas tenían sus focos principales en el Sector de Estudios Generales y en el Centro

de Investigaciones Históricas y Estéticas de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, de la Universidad Central de Venezuela.

En la década de 1980-1990 resurge el interés por el tema de la vivienda de la primera mitad del siglo XX, simultáneamente con el auge de las investigaciones sobre el período llamado "el gomecismo". El aspecto urbano de Caracas fue en esos diez años analizado desde diversas ópticas, cobrando fuerza los métodos funcionalistas y sistémicos heredados de las corrientes marxistas y estructuralistas puestas "de moda" desde la década anterior. En los 80, los artículos en revistas, en publicaciones genéricas "de variedades" o en la prensa diaria, dedicados a la descripción formalista o a la apología de las viviendas "vedettes" contemporáneas, convivieron con una que otra ilustración de escaso texto sobre viviendas o construcciones notables de nuestro primer medio siglo.

Pero el interés sembrado sobre el tema de la vivienda caraqueña de este período, tiene su más importante cosecha en los trabajos que desde el Sector de Historia y Crítica de la Arquitectura se elaboran a mediados de los 80 en la Universidad Central de Venezuela. El primero de ellos surge de la investigación que Manuel López V. y Noris García realizan sobre la arquitectura del Banco Obrero, organismo estatal de promoción de viviendas para obreros y sectores medios. El producto inicial de esa búsqueda es el texto de N. García, *Vivienda obrera y gestión estatal. El Banco Obrero en Caracas, 1928-1945*, así como algunos artículos de M. López en varias revistas (IMAGEN, Tierra Firme, etc.). El segundo de los trabajos pioneros sobre el tema, desde el mencionado Sector, es el de Carlos Di Pasquo, *Caracas 1925-1935. Iniciativa privada y crecimiento urbano*, en el cual se analizan diversos casos de urbanización no estatal en sectores de Caracas y las características tipológicas de las casas construidas.

Aparte de estos escritos, algunas viviendas de este período fueron en esos años reseñadas, documentadas o analizadas, dentro de textos dedicados a la obra general de sus

proyectistas. Es el caso de las diversas monografías sobre C.R. Villanueva o las que recientemente han sido publicadas sobre Carlos Guinand Sandoz y Luis Malaussena. Reseñas periodísticas también han merecido algunas viviendas de Manuel Mujica o de ingenieros o constructores, anónimos hasta entonces. Asimismo, comenzando los 90 la Galería de Arte Nacional recoge la propuesta de algunos sectores realizando la muestra *La casa como tema*, de tipo descriptivo y básicamente formalista, sobre la arquitectura "cultura" para la vivienda, a nivel nacional. Recientemente, es de resaltar la aparición de dos importantes volúmenes sobre el urbanismo caraqueño, que aportan novedosos conocimientos e interpretaciones al tema que nos ocupa; se trata, en primer lugar, del libro dedicado al análisis del Plan Rotival de 1938 para la ciudad y del *Estudio de Caracas. Evolución del patrón urbano desde la fundación de la ciudad hasta el período petrolero*, ambos editados por el Instituto de Urbanismo de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, UCV, y escritos por destacados profesores de esa institución.

Desde luego que este panorama bibliográfico es totalmente insuficiente para tejer una interpretación integral y coherente del fenómeno que nos ocupa y nos revela la vastedad del conocimiento por producir y la cantidad de lagunas que esconde su desentrañamiento, sin mencionar las dificultades de acceso a las fuentes documentales a las que se deberán enfrentar quienes, en este fin de siglo, asuman el compromiso de aportar seriamente al conocimiento de la historia de la arquitectura venezolana, a través de la investigación sobre las viviendas de Caracas durante la primera mitad del siglo XX.

ELEMENTOS PARA EL ESTUDIO DEL TIPO "VIVIENDA" EN CARACAS EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

Un estudio histórico-crítico de esta naturaleza deberá definir, previa y paralelamente a él, las características históricas generales del período. La claridad que se tenga de las realidades económicas y sociales en aquella ciudad permitirá formular hipótesis más cercanas a la verificación de los

fenómenos arquitectónicos estudiados, insertándolos en su causalidad extrema. La vida política y social del país y de su capital también debe ser suficientemente conocida, a fin de extraer de ella las inferencias y deducciones lógicas o las comprobaciones contundentes de las orientaciones y lineamientos que catalizaron positiva o negativamente la producción de viviendas, tanto las promovidas por el Estado y sus instrumentos jurídico-políticos, como las construidas directamente por la naciente industria de la construcción y de la especulación inmobiliaria caraqueña.

Desde luego que los aspectos demográficos, urbanísticos, culturales y tecnológicos han de ser los más detallados, desde el punto de vista historiográfico que les asigna la inmediata causalidad del fenómeno tipológico-arquitectónico estudiado, apreciando en su justo rol las determinaciones producidas por las variables estructurales o las ideológicas.

Tradicición: Techos rojos y techos grises

Los fenómenos de continuidad y cambio manifestados a través del caso de la vivienda nos han hecho conocer numerosos aspectos de su tipología. Desde sus esquemas funcionales y relaciones espaciales, hasta el acondicionamiento y los materiales de los diversos ambientes, un cúmulo de elementos definitorios nos han sido legados por los siglos anteriores. Ese conjunto de características, modelado por las necesidades y las disponibilidades de cada período, continuó presente hasta el siglo XX, protagonizando la gran mayoría de las unidades de vivienda que daban soluciones concretas al problema del alojamiento. Tradición constructiva conocida por los propios dueños o habitantes, de cualquiera de los estratos sociales, pues a la herencia colonial del "encomendado", quien dirigía las fábricas del poblado, siguió la práctica decimonónica que designaba en "notables" el cargo de Director de la obra o de Presidente de la Junta de Fomento, método administrativo de control continuado por el Ministerio de Obras Públicas hasta bastante avanzado el siglo XX. Ello suministró los conocimientos prácticos para construir, tanto las obras

oficiales encargadas, como las propias de los “notables”, constituyéndose en un importante mecanismo de transmisión de técnicas y usos constructivos, lo cual revirtió principalmente en la construcción más fácil y común: la casa. Pero, dejando de lado las técnicas, la conformación de la familia caraqueña en general no mostró mayor evolución que motivara transformaciones sustanciales en el programa distributivo de las viviendas, hasta los cambios sociales que, con la sociedad petrolera como factor, impulsan esas variaciones. Debe hacerse mención también a los nuevos modos de vida derivados de las migraciones campo-ciudad y al surgimiento acelerado de esquemas habitacionales colectivos dentro de las precedentes casas de la trama central, esquemas generadores de densificaciones intensivas junto al progresivo deterioro y cambio de usos.

El crecimiento hacia adentro del propio centro, reprodujo, generalmente, las técnicas tradicionales. Para los que llegaban desde la provincia, en cambio, protegerse de la intemperie significó “hacerse el ranchito”, núcleo inicial de los barrios surgidos en ese y en todos los tiempos y lugares. Bahareque y adobes sostuvieron las cañas y palmas que dieron la imagen “tradicional” a las viviendas espontáneas, hasta los años veinte, cuando la popularización de la alfarería, y el aumento de la cantidad de sus fábricas, sustituyó gradualmente a los muros de mampostería tradicional. Del mismo modo, el cemento se había impuesto para entonces en el mercado como sustituto en algunos procesos constructivos (pegamento, acabados, pavimentos, etc.), desde la inauguración en 1906 de la fábrica de cementos en la cercana Parroquia La Vega. El techo siguió siendo de palmas durante algunos años más, por lo que la visión de esa Caracas popular no era de techos “rojos” sino del color que la palma adquiere al secarse bajo el sol tropical. La teja se instalaría después, con aquel proceso popularizador de la arcilla como material de construcción. La imagen de techos rojos va a surgir gradualmente, a medida que las posibilidades económicas de los habitantes les permiten cumplir con el apremiante cambio de techo. Favorecidas estas posibilidades por los procesos de la

economía petrolera y la movilidad social consiguiente, la imagen de los techos rojos se difundirá como tradición en el presente siglo, imponiéndose en las viejas casas refaccionadas del centro y en los barrios nuevos que se construyen por promoción privada o estatal (por ejemplo en El Rincón de El Valle, El Cementerio o en Bella Vista).

Los barrios viejos centrales, correspondientes a las antiguas parroquias (San Juan, Santa Teresa, Santa Rosalía, Catedral), recibirán el impulso de la migración, la densificación, los nuevos usos, los servicios y las comunicaciones que, todos a la vez, querrán dotar de modernidad a la atmósfera tradicional de la aldea mayor del valle. Los barrios recientes, de fines del siglo XIX (Altagracia, San José, La Pastora), erigidos en parroquias, verán alterada su paz por idénticos factores. Los barrios más pobres, en el camino hacia Catia y a lo largo de las agonizantes vías férreas del sur, serán los marginados desde entonces de ese proceso de modernización parcial, enclavado, impuesto y superficial que caracteriza a la Caracas de entreguerras. Esos suburbios semirurales continuarán largas décadas al margen de la imagen moderna que desde los años 30 se comienza a construir a sí misma la flamante capital rentista de hidrocarburos.

Pero a ese pulular interno de la ciudad le acompaña desde fines del XIX la extensión hacia los terrenos al sur del Guaire. Salvado ¡al fin! el obstáculo de la naturaleza, gracias a las modernas estructuras metálicas importadas, las ansias de diferenciación espacial y la necesidad de dotarse de una apariencia urbana cosmopolita hicieron de aquellos terrenos el paraíso de las oligarquías criollas o arraigadas. La urbanización planificada, por lotificación, vino a inaugurar la especulación inmobiliaria como modo de enriquecimiento hasta entonces casi desconocido, en el “barrio residencial El Paraíso”.

También se puebla la explanada cercana al exclusivo Cementerio del Sur, llamada El Rincón de El Valle, con construcciones tradicionales de adobes y aleros, que en los

años treinta serán acompañadas o sustituidas con nuevos tipos de vivienda. Es otro sur. Es el que crece cerca de servicios y de mercados, es el que busca poblar los márgenes de los caminos que unen la ciudad con sus aldeas periféricas. El siguiente paso en la urbanización del valle dominado por El Avila fue la incorporación progresiva de las antiguas Encomiendas y "Pueblos de Doctrina" que alimentaban a la ciudad desde su fundación.

EXTENSION AL SUR. CRECIMIENTO AL OESTE. EXPANSION AL ESTE

Los procesos a los que nos hemos referido hasta ahora son esenciales para comprender la evolución tipológica de la vivienda caraqueña. A cada tipo de urbanización correspondió una variación en los tipos de vivienda. Los recursos de los promotores determinaron en general los alcances de cantidad y calidad de cada conjunto. Al primer intento organizado de extender los límites de la ciudad, representado en El Paraíso, con novedosos modelos de "chalet", siguió en el trayecto la gradual incorporación de la parroquia foránea o pueblo de La Vega hacia el suroeste y de la aldea veraniega de Antímamo, a algunos kilómetros de aquella y sobre la margen opuesta de el Guaire, en el camino hacia la pequeña ciudad de Los Teques. En el otro ángulo del sur de la ciudad, la vieja parroquia de San Roque, sobre el valle del río El Valle, será "el respiro" en el camino hacia y desde las haciendas de Conejo Blanco, Coche, Tazón, Turmerito, Tácata, Paracotos o hacia los pueblos de Carrizal, San Diego, San Antonio, en la vía a La Victoria, haciendas todas abastecedoras del consumo caraqueño.

Para mediados de los 40 existen ya extensas áreas urbanizadas entre estas poblaciones y Caracas, conectadas por sistemas viales carreteros o tranviarios, puentes y alguno que otro túnel ferroviario aún en uso. Las Fuentes y La Paz son dos de esos conjuntos de viviendas, surgidos al lado de la vía que unía a El Paraíso con La Vega para seguir hacia el sur del río Guaire. La avenida San Martín aparecerá en el plano de la ciudad sobre el camino que unía el barrio central de El Silencio con Antímamo,

generando a diestra y siniestra barrios para todos los sectores sociales, hasta el de Bella Vista, promovido y financiado desde 1936-37 por el organismo oficial para la vivienda, el Banco Obrero, para ser construido en varias etapas, varias calidades y varias dimensiones de parcela. Hacia El Valle, sobre plantíos y vegas, a lo largo de la línea del tren trazado por Agustín Avelo, surgen en la década del 30 los barrios de El Cementerio y Los Cármenes, superponiéndose a las construcciones pioneras en poblar El Rincón de El Valle. Los Rosales, promovida por J. B. Arismendi, y Prado de María, del Banco Obrero, serán en la década siguiente dos ejemplos del dinamismo alcanzado por los promotores privados y el sector oficial. Ubicados en lo alto de la meseta que vigila el paso del río El Valle, estos grupos de vivienda son destinados a la clase media y a los empleados oficiales, siendo la respuesta "oficiosa" a las deslumbrantes ofertas de "viviendas jardín" que se hacían desde comienzos de 1940 en "Los Jardines de El Valle", promoción particular construida en el pueblo de El Valle por los herederos de la familia Mancera.

El camino de Catia será el sector nuevo más denso de los 40, con barrios al sur del río Caroata y al norte de la vía, poblando las pendientes que suben hacia las estribaciones de El Avila en su búsqueda del abra de Catia, al oeste de la ciudad. A lo largo de esa vía, futura Avenida Sucre, surgieron diversas experiencias de promotores audaces, como el empresario Restrepo, el italiano Maury o el incansable catalán F. Suñè Bertrán, y numerosos barrios como El Manicomio, cercano al recién construido Hospital Psiquiátrico, o Lídice, o Los Frailes o Alta Vista, futuro receptor de la abundante inmigración rusa de postguerra. Así como las primeras experiencias oficiales después de San Agustín, como el "Barrio Obrero", al norte del barrio Los Flores, primera incursión en el área que en los 50 será modelo de experimentación de las políticas de vivienda del Banco Obrero.

Pero las dos mayores experiencias no sólo por las dimensiones de la vivienda "popular" en los años 30, fueron las de la "Nueva Caracas" y la del Sindicato "Pro-Patria

Venezolana". Con diez años de diferencia entre el comienzo de la primera y de la segunda, son ambas representativas de los criterios tan dispares de los conjuntos de vivienda para clases medias y obreras, en lo relativo a la utilidad pública. En el conjunto de Nueva Caracas, de los hermanos Enrique y Oscar Ochoa Palacios, esa utilidad no pasa de la acción publicitaria de donar un círculo de 50 metros de diámetro como plaza (futura plaza J.A.Pérez Bonalde) en un conjunto de 90 hectáreas. En el caso de la Urbanización Pro-Patria, más al suroeste, promovida por el Banco Obrero desde 1938 y proyectada por Carlos Guinand Sandoz, se pueden hoy constatar los modernos criterios vecinales empleados en su construcción (plaza, veredas, jardines, iglesia, Club Obrero, centro de consumo), además de la generosidad de los espacios interiores de las unidades de vivienda.

El viejo casco, entre tanto, se extendió hasta los límites del río, subdividiendo la prolongación de la retícula, como en San Agustín del Norte desde los años 20, o como en El Conde desde esa misma década, cuyos modelos de casas se reprodujeron en el barrio Las Flores, al otro lado del río, frente a Villa Zoila. Al sur del casco, las construcciones industriales y de almacén rodearían en los años treinta a la Quinta del General Crespo y a la vieja casa solariega de los Bolívar, acompañadas por la prolongación de las casas "de zaguán y patio" sobre la retícula extendida rápidamente subdividida. Este crecimiento sería violentamente sustituido veinte años después, con la llegada de la vivienda multifamiliar de baja altura a la Parroquia Catedral.

También hacia el este la ciudad se expandió como una mancha, como el agua de su río buscando salir del valle. Los Caobos, para sectores de la pequeña burguesía; Maripérez, financiada por Luis Bigott para los obreros de su Cigarrería, en una notable experiencia de "urbanismo filantrópico" (precedida por el pequeño conjunto de casas pareadas de dos pisos, agrupadas en veredas, al este de la Parroquia San Juan, construidas por el empresario Delfino para los obreros de su fábrica de cementos). El barrio fundado desde el siglo

XIX en los terrenos del general Sarría, crecía y se revestía con los ornamentos de moda, también a fines de los años 20, así como el barrio Santa Rosa, surgido alrededor de la Estación del Ferrocarril Central desde finales del siglo anterior. Pero las principales y decisivas transformaciones fueron las surgidas desde las haciendas de café y caña de azúcar que hasta los 30 mantuvieron su función, ya en decadencia dentro de una economía cada vez más minero-extractiva.

San Bernardino, Country Club, Los Chorros, La Florida, Campo Alegre, ocupan en los quince años que van desde 1925 hasta 1940 la superficie de las caducas plantaciones, cubriéndolas con los nuevos signos de la modernidad: avenidas y calles para los automóviles (ya definitivamente apoderados de la ciudad como factores de su expansión); alumbrado, cloacas y acueductos; teléfonos; transporte público; clubes de recreación para los afortunados dueños de parcelas y de acciones. Nuevos valores a mostrar tras las vitrinas de los accesos a las "urbanizaciones-jardín", cuya publicidad enfatizaba en las ventajas de la vida campestre a 15 minutos de la "bulliciosa ciudad".

Asimismo, en el este se densificaron los viejos caseríos y aldeas que unían la ciudad con los Valles del Tuy. Chacao, Sabana Grande, Bello Monte, Los Dos Caminos, por supuesto Petare (el más importante de estos poblados) y Baruta, para llegar a ella se atravesaban las haciendas de San José y otras al sureste del valle. Esta densificación en los pequeños núcleos se produjo por la recepción, tanto de migraciones de provincia, como de las oleadas migratorias provenientes del exterior: las penurias de la guerra española y de la guerra europea impulsaron el segundo gran traslado de españoles en este siglo, acompañados esta vez por miles de portugueses. Ellos, además de asentarse en viviendas de nuevo tipo y posteriormente en las primeras multifamiliares, contribuyeron en progresión geométrica a la expansión que protagonizaban, ya que unieron a su necesidad de nueva vida, sus capacidades y técnicas de construcción, como lo

harán los italianos y españoles de la “tercera oleada” migratoria tras el fin de la segunda gran guerra.

Con tal cuadro de la ciudad en ebullición, en un proceso bajo el control de los particulares, no tardó el Estado en delinear una política urbanística, emplazado por la poderosa corriente de opinión pública puesta en marcha por algunos sectores intelectuales y profesionales (Colegio de Ingenieros, Ateneo de Caracas) y de la que se hacían eco algunos funcionarios gomecistas y lopecistas. Surge así lo que hoy conocemos como el Plan Rotival, el cual nos dejará el trazado de la urbanización San Bernardino (en cuyas sucesivas etapas se plasma el mosaico de las variedades tipológicas de la vivienda de este período) y del eje divisor del norte y del sur de la ciudad, en cuyo extremo oeste se construirá, desde 1942, la más importante experiencia de intervención urbanística integral en la ciudad: la reurbanización de El Silencio. En ésta, su diseñador conjugó las dos versiones de la modernidad que guiaban a la arquitectura y la cultura venezolanas: la “nacional” y la “internacional”.

Finalmente, es indispensable mencionar el proceso de densificación que, simultáneo con aquellas extensiones y expansiones, se estuvo dando en el interior de las viejas parroquias centrales, en especial en La Candelaria, Catedral, Altigracia, Santa Teresa, Santa Rosalía y San Juan. En ellas brotan violentamente a partir de los años 40 los nuevos tipos de la vivienda multifamiliar, proyectados y ejecutados por técnicos y maestros inmigrantes o por ingenieros o algún arquitecto venezolano, hasta ahora desconocidos para la historiografía de la arquitectura venezolana. Oscar y Enrique Ochoa Palacios, Oscar Centeno, Alberto González, Jaime Corrales, Pedro Márquez Rivero, Francisco Valery Pinaud, Carlos Delgado Sarmiento (estos dos últimos entre los futuros fundadores de la Facultad de Arquitectura de la UCV) y muchos otros, forman ese ejército de ingenieros proyectistas y constructores que junto a inmigrantes anónimos o conocidos, como Rafael Bergamín o Manuel Mujica, fundamentaron la tipología de la vivienda caraqueña de la primera mitad de

nuestro lento siglo XX.

FUNCION Y FORMA EN LA VIVIENDA “MODERNA” CARAQUEÑA

En muchos de los casos las viviendas nuevas reprodujeron el esquema funcional de la casa tradicional caraqueña. Una fachada con una o dos ventanas, de un largo menor que las anteriores y sin el “poyo” interior. También ausente el malabarista sistema de celosías, postigos, sobrepechinás que caracterizó a muchas buenas ventanas coloniales; no obstante, el útil enrejado permanece, ya no en maderas torneadas sino en carpintería metálica, enriqueciendo su ornamento barroquizante con figuras de nueva y diversa procedencia. Las técnicas de fabricación, difundidas por el creciente número de talleres y por la consolidada instalación de importadores y representantes de casas comerciales, permitieron realizar, tanto las fantasías del gusto individual como las recomendaciones de los catálogos o la ejecución directa según moldes y troqueles oportunamente alquilados o adquiridos. A los barroquismos recargados de volutas y sinuosidades en simetría bilateral, se vinieron a sumar las simples rejas, con barras de sección circular o cuadrada, y uno que otro detalle naturalista, academicista o simbolista en el centro de la “composición”. Esta remataba con un pequeño “frontis” del mismo material, de diseño más recargado, que le daba el tono final al enrejado. En las construcciones nuevas predominó el grafismo del Art Déco, movimiento ornamental de moda a partir de los 30 en Caracas. Sus combinaciones geométricas, rítmicas, ondulantes, zigzagueantes, decoraron no sólo las casas coherentes con esa tendencia, sino también resultaron ser las más adecuadas para proteger “decorando” las ventanas de las casas “modernas” que se incorporan al repertorio visual de la Caracas expandida, casas cuyos originales foráneos no previeron enrejado alguno para las ventanas.

La reproducción de los elementos de fachada en estas casas “neotradicionales” incluyó asimismo la composición adoptada desde fines del siglo anterior, basada en el ritmo académico de

semipilastras (marcos de ventanas y puertas desde el zócalo base hasta la cornisa) e “intercolumnios” (espacio entre un marco y otro), además de la simetría definida por el eje divisor de la parcela apareada. El sistema de composición entablamiento-cuerpo-cornisa completa la imagen a la que nos acostumbramos en las viviendas de la pluriparcelación caraqueña, tanto del centro como de sus extensiones iniciales hacia los cuatro puntos cardinales.

La casa pareada “2 a 2” fue tomada como modelo básico por muchas de las urbanizaciones o barrios nuevos, especialmente los del Banco Obrero y los destinados por promotores privados a las clases medias. Pro-Patria y Nueva Caracas al oeste; Bella Vista en sus segundas etapas; Prado de María, El Cementerio, Los Cármenes, Los Castaños y Los Jardines de El Valle, al sur; San Agustín, Sur y Norte y El Conde; así como en numerosas promociones de pequeños empresarios como los hermanos Mosquera o el empírico Juan María Montemayor¹ o el “constructor de Catia”, Suñè Bertrán, quien dona tierras al municipio para vialidad y servicios, al tiempo que construye constantemente viviendas a lo largo del camino de Catia y en los alrededores de su plaza, se verán reaparecer los esquemas de fachadas pareadas, con sus consecuentes implicaciones en el diseño interior. El zaguán, en todos los tamaños y proporciones. El patio, reducido a veces a un cubo de aire y luz, estrictamente funcional, además de receptor de mosaicos de moda, con arcos separadores de mampostería, hacia el “recibo”, o con mampara de madera y cristales coloreados, hacia el espacio del comedor; elementos prefabricados ornamentaban este espacio central: molduras, gárgolas,

faroles y apliques, balaustres, a veces marquesinas y en ocasiones un “retablo-fuente” con asientos también prefabricados, objetos todos provenientes de alguna de las plantas de prefabricación que inundaron la ciudad desde comienzos del siglo, especialmente las de Eusebio Cellini.

La casa aislada, en cambio, fue la innovación en el medio urbano desde su aparición en El Paraíso. Enseguida se difundió como tipo preferido por las oligarquías y burguesías convivientes. Las urbanizaciones exclusivas que surgen hacia el este de la ciudad escogieron convenientemente ese modelo, junto al sistema de ventas de parcelas, acciones y derechos a pertenecer al “Club Social”, otra innovación dejada por El Paraíso en su afán cosmopolita.

Los Chorros, surgida al norte del pueblo de Los Dos Caminos, oficializa el traslado frecuente que las familias hacían al río y sus cascadas para “temperar”. El tipo aislado reprodujo los repertorios del eclecticismo historicista que hasta bien entrado el siglo campeó por nuestros lares, incorporando por primera vez y a fines de los 20, una de las variantes de la arquitectura vasca, por mano directa del recién llegado Manuel Mujica. Ricardo Razetti, Carlos Guinand Sandoz, Alfredo Jahn, Manuel León Quintero, serán algunos de los constructores escogidos por las afortunadas familias “pioneras” de la relocalización social hacia el este de la “congestionada urbe”.

La Florida, en sus diversas etapas, representó otro paso en la nueva función de la tierra. Organizada como negocio inmobiliario a partir del éxito de Juan Bernardo Arismendi en

1/ “Realiza y construye todo un barrio en La Candelaria, con casitas modestas pero bien dispuestas. Siempre respetando la distribución habitual del zaguán, la hilera de cuartos, los patios y el comedor, pero sabe usar los materiales, coloca techos de tejas con aleros horizontales y mantiene en pequeño, modestamente, la construcción original, con sus

defectos y sus ventajas pero adaptada a los materiales y medios de la época” (Pardo Stolk, 1969: p s/n.)

San Agustín, la nueva urbanización contó con selectas familias accionistas, compartiendo el espacio del flamante club. Las vías que la enlazaban con el cercano poblado de Sabana Grande y de allí a Caracas, cumplían a la vez la función social de "mostrar" la urbanización a los extraños, es decir, la vieja función de la "sala" colonial o decimonónica, a cuyas ventanas abiertas se asomaban los paseantes. Pero la principal causa de la envidia pueblerina serían las aisladas casas en las que se ensayan a un tiempo los eclecticismos académicos, los novedosos ornamentos del estilo "nacional": el colonial, y las audaces casas "cubistas" (Pardo Stolk, 1969). Son casas de cuatro fachadas libres, separadas de los lados por franjas alargadas y del frente por un amplio espacio de área verde. De dos o tres niveles y con discretos juegos volumétricos, independientemente de su "estilo".

La exclusividad se traslada más aún, hasta el oeste del pueblo de Chacao, en donde se construye sobre la antigua hacienda "Pan Sembrar" la urbanización Campo Alegre. Sin club, pero con templo católico, proyectado por Manuel Mujica, quien además construye varias casas en la urbanización, también trazada por él. Combinando los más dispersos elementos del barroco americano y la arquitectura moderna más publicitada, las mansiones representan lo más selecto de la vivienda burguesa, desde las villas de El Paraíso, sólo precedidas del surgimiento de los modelos de la exclusivísima urbanización del Country Club.

Llamar a Caracas a los herederos de F. Olmsted para proyectar una urbanización sobre los terrenos de una vieja hacienda, era

en los años 20, más que una excentricidad, un desplante. Era una demostración de poder, de lujo, una ostentación, un gesto "chic" a las puertas de la Gran Depresión norteamericana. Todo ello y más caracteriza hasta hoy a este conjunto patrimonial que condensa el eclecticismo residencial del siglo XX caraqueño sobre un tipo novedoso de vivienda; con funciones inéditas en su programa de áreas; con un trazado urbano iconoclasta de la cuadrícula (neopintoresquista) y con un centro social trasplantado de la colonia española de California ("Mission Style") por un arquitecto de origen anglosajón (Wenndehack), construido por un arquitecto nacido en Venezuela y formado entre Francia y Alemania (C. Guinand Sandoz), para una élite de origen variado, con residencia entre París, Nueva York y Caracas. ¿Qué mejor cosmópolis que el Country Club para esa "variopinta" sociedad caraqueña?

El tipo aislado se difundió en los 30 y los 40, reproduciéndose con dimensiones más modestas para otros sectores sociales: La Paz, Las Fuentes, en las cercanías del Estadio de El Paraíso; Los Molinos, en el camino a Bella Vista, luego de la Maternidad; Las Delicias, sobre el "viejo" hipódromo de Sabana Grande, promovida por Leopoldo Yanes, al norte de la cual surgirá luego La Campiña, de igual tipología, y después de 1945 la urbanización Los Cedros, combinando ese tipo con el multifamiliar; San Bernardino, trazada por el propio Maurice Rotival², en cuyas sucesivas etapas se combinan unifamiliares aisladas, pareadas y multifamiliares bajas, altas, de esquina, con retiro, sin retiro, en una mezcla modelística que más parece un experimento urbanístico.

2/ Confirmación dada personalmente al autor por el profesor de la UCV, J.J. Martín, 1991.

Jardines, jardincitos y hasta franjas de 1 m como retiro de la fachada, se convirtieron en detalles infaltables en los barrios de casas pareadas. Porches y porchecitos de hasta apenas un metro de fondo “adornaron” las casas de Los Rosales, San Bernardino, El Conde, San Agustín, Nueva Caracas, Los Flores, Los Cármenes, El Retiro, Bello Monte (Norte), caricaturizando los modelos locales del porche o la terraza como elemento de transición entre el exterior y el interior de la casa. Según la topografía del lugar, el nivel de acceso era diferente al de la casa, obligando a diversas soluciones funcionales que a su vez causaban diversos efectos en el transeúnte, favoreciendo al mismo tiempo nuevas relaciones vecinales (por ejemplo, la cerca, baranda o balaustre del jardín sustituyó ampliamente la función del “poyo” de la ventana colonial). La teja como expresión se continuó utilizando en todos los modelos y variaciones, combinándose gradualmente con el techo de “azotea”, introducido por la comercialización del “Self Sentering” (“sensen” según la traducción del uso local) y del cemento, nacional o importado, además de ser inobjetable su viabilidad desde que en 1919 Alejandro Chataing construyó con Luis Muñoz Tébar el Nuevo Circo, y de que numerosas casas lo incorporaban para sus entresijos, asociando muchas veces bovedillas catalanas con placa maciza de cemento armado.

LAS “CASAS PARA PALOMAS”

La vivienda multifamiliar surge en Caracas con el proceso de densificación del centro y de algunos poblados cercanos. Sectores importantes de parroquias tradicionales sustituyeron su imagen horizontal ante el avance demográfico y especulativo de los edificios. Técnicamente fue un importante avance, especialmente posible por la experiencia de inmigrantes españoles, portugueses e italianos. Estéticamente, el edificio de apartamentos rompió con el perfil provincial que la ciudad cuidaba celosamente, alimentado por las nostalgias de glorias y blasones coloniales. Estilísticamente, introdujo el lenguaje arquitectónico de la modernidad europea, al menos la parte de ella que era

publicitada en revistas, traídas en los baúles de los inmigrantes como recuerdo de sus ciudades en guerra; arquitecturas de masa, estrictamente funcionales, alejadas de audacias futuristas o constructivistas. Funcionalmente, la “casa de pisos” incorpora el balcón (sustituto en altura del jardín unifamiliar); la azotea de servicios y las áreas comunes como socialización de la vida hogareña y de las costumbres vecinales; la concentración de instalaciones y la maravilla tecnológica del ascensor como elementos de la modernidad deseada y posible. Culturalmente fue un vuelco total a la mentalidad rural, ligada a la tierra, penetrando a usuarios y a aspirantes a serlo de uno de los valores más contundentes de “lo moderno”, pues la vivienda en altura representaba la relatividad de la propiedad del suelo, la posibilidad de usufructo colectivo del área del terreno; para los caraqueños, al principio éstas eran “casas de palomas”, hasta que los ejemplos de los primeros edificios y del conjunto de El Silencio convencieron a muchos de la manera “moderna” de vivir.

El sur de la Parroquia Candelaria fue transformado por los españoles recién llegados, con los modelos de los barrios de Madrid y Barcelona de los años anteriores a la guerra. También las Parroquias Catedral y Santa Teresa, en sus áreas más cercanas al centro, recibieron este influjo modernizador de igual procedencia. El pueblo de Chacao festejó la llegada de los inmigrantes portugueses otorgándoles el privilegio de transformar totalmente su perfil de Pueblo de Doctrina. Bello Monte, Los Cedros y, al final de los años 40, las nuevas urbanizaciones de Las Acacias, Los Chaguaramos y Santa Mónica, combinaron las “casas de pisos” con las “casas terreras” aisladas, dirigidas todas a la progresivamente numerosa “clase media” y ejecutadas por los españoles e italianos de reciente arraigo en la ciudad.

Pero fue en la Parroquia San Juan en donde se realizó la prueba contundente de aceptación social y cultural del nuevo tipo de vivienda. La demolición franca y despiadada de una parte del casco histórico —si bien degradada, no por ello menos valiosa como testimonio material de la tipología urbana

y arquitectónica caraqueña—, implantando un conjunto que conjuga las formas tradicionales con conceptos novedosos de la residencia colectiva, significó ante la sociedad, entre otras cosas, la validación definitiva del apartamento como modo de habitar.

Las características de la reurbanización de El Silencio, propuestas desde 1941-42 por Rafael Bergamín en conferencias ante el Colegio de Ingenieros; derivadas de conceptos urbanísticos difundidos y discutidos en todos los medios profesionales implicados; justificadas ante la opinión pública y publicitadas ampliamente por la maquinaria relacionista de Diego Nucete Sardi; evaluadas en las reuniones del Jurado del Concurso; definidas por C.R. Villanueva y conversadas con C. Guinand Sandoz, permitieron que en Caracas se construyera la más importante obra de vivienda colectiva y de intervención en un centro histórico en la América Latina de esos años de guerra.

Su doble lenguaje interior-exterior/inferior-superior propone la imagen de la arquitectura moderna al tiempo que la “neocolonial”, en un discurso urbano que hace convivir al residente con el transeúnte en varios niveles de espacios comunes (patios, parques, pórticos, plazas, calles). Conceptos espaciales, elementos funcionales, formas y ornamentos provenientes de la arquitectura colonial venezolana, se mostraban complacientemente al ciudadano caraqueño buscando su aceptación del conjunto en la memoria colectiva, mientras se incorporaba al subconsciente de esa memoria la imagen y la ideología moderna que el mismo conjunto portaba: desornamentación, “cubismo”, renovación, en fin, vivienda multifamiliar en altura.

Así, este primer caso de renovación urbana integral vino a sintetizar la disyuntiva de lo nacional, entre la modernidad y la tradición, concediendo a una y acercándose a la otra. Simboliza hoy también un período particularmente enriquecedor de nuestra cultura arquitectónica y urbanística, ya que su afortunada mezcla estilística nos ha grabado en la

memoria nuestra modernidad ambigua, doble, mestiza. El Silencio concentra el debate entre el pasado y el futuro. La parte de él que nos hace recordar la historia se funda sobre las ruinas de sus testimonios, reelaborándolos nostálgicamente, tomando de las viejas casas sus valores y formas, mas debiendo destruirlas para construir su propia imagen de un “nuevo pasado”. En El Silencio también laten las fuerzas del progreso; su construcción fue un triunfo económico y tecnológico de la ciencia de la construcción en Venezuela, que concentró buena parte de lo mejor de nuestras fuerzas productivas; la alternativa de la modernidad recibió con esta arquitectura el impulso esperado durante todo el siglo.

A MANERA DE CONCLUSION

Queda abierto aún el vacío de un estudio histórico profundo de la tipología habitacional del primer medio siglo caraqueño. Los elementos aquí aportados pueden servir para hilar y conectar datos o informaciones hasta ahora dispersos y provenientes de múltiples fuentes. La construcción de esta historia tiene, sin embargo, varios obstáculos, más difíciles que la vastedad del tema, entre los cuales contamos la dispersión, desaparición, acaparamiento y deterioro de las fuentes documentales, y la destrucción implacable de las casas mismas, cada una de las cuales ha representado un punto de información para la comprensión del proceso de urbanización y de la arquitectura caraqueña. No ha sido solamente la casa “yate” o la “Casa Blanca” de Mujica, o “Los Manolos” de Villanueva o la casa Taurel de Guinand. Han sido tantas las muestras destruidas de nuestra arquitectura residencial, en un lamentable espectáculo de obsolescencia prematura, que a la tristeza se suma la impotencia de evitarlo, la vergüenza de presentar al futuro una ciudad rota, mutilada, sin identidad ni memoria.

Puede ser que, como siempre, al menos la historia de esas casas quede, junto a la historia de su desaparición aparentemente inexorable.

B I B L I O G R A F I A

AA.VV. (1990)

Estudio de Caracas. Evolución del patrón urbano desde la fundación de la ciudad hasta el período petrolero. Caracas: Instituto de Urbanismo, UCV.

ACOSTA SAIGNES, M. (1967)

«La vivienda de los pobres», en: Universidad Central de Venezuela. *Estudio de Caracas*; Caracas: Ediciones de la Biblioteca, Vol. 1.

ARCILA FARIAS, E. (1974)

Historia de la Ingeniería en Venezuela; Colegio de Ingenieros de Venezuela, Caracas. Ministerio de Obras Públicas. 1874-1974. Caracas: Ed. M.O.P.

BERGAMIN, Rafael (1959)

20 años en Caracas. 1938-1958. Madrid: Edición del autor.

BANCO OBRERO (1968)

40 años del Banco Obrero: 1928-1968. Caracas: BO.

CLEMENTE TRAVIESO, C. (1974)

Anécdotas y leyendas de la vieja Caracas. Caracas: Ediciones del Concejo Municipal del Distrito Federal.

CONCEJO MUNICIPAL DEL

DISTRITO FEDERAL (1939)

Gaceta Municipal Nº 1, Caracas.

DI PASQUO, Carlos (1985)

Caracas, 1925-1935. Iniciativa privada y crecimiento urbano. Trabajo de Ascenso, Asistente. Caracas: Facultad de Arquitectura y Urbanismo, UCV.

GARCIA, Noris R. (1985)

Vivienda obrera y gestión estatal. El Banco Obrero en Caracas, 1928-1945. Trabajo de Ascenso, Asistente. Caracas: Facultad de Arquitectura y Urbanismo, UCV.

PARDO STOLK, E. (1969)

Las viviendas de los caraqueños. Caracas: Edición del autor.

PEREZ RANCEL, Juan José (1989)

«Tipología de la vivienda en Caracas. 1900- 1945». Ponencia al *Primer Encuentro de Conservación y Restauración de Bienes Culturales.* Caracas: UCV.

POSANI, J.P. y GASPARINI

Graziano (1969)

Caracas a través de su arquitectura. Caracas: Ed. Fundación Fina Gómez.